

COLECCIÓN ANTROPOLOGÍA

HISTORIAS DE LAS ARQUEOLOGÍAS EN CHILE

Historias de las arqueologías en Chile
Benjamín Ballester y Marcela Sepúlveda, editores

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 - Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl - 56-228897726
www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile por C y C impresores
Primera edición abril 2026

Los libros de Ediciones UAH poseen tres instancias de evaluación: comité científico de la colección, comité editorial multidisciplinario y sistema de referato externo por par doble ciego. Este libro fue sometido a las tres instancias de evaluación.

ISBN libro impreso: 978-956-357-560-6
ISBN libro digital: 978-956-357-561-3

Coordinador colección Antropología
Enrique Antileo

Dirección editorial
Alejandra Stevenson Valdés

Editores ejecutivos
Beatriz García-Huidobro

Diseño interior
Gloria Barrios A.

Diseño de portada
Alejandra Norambuena

Imagen de portada
Conchal de Punta Píchaló, en Pisagua, Región de Tarapacá. Composición elaborada por Benjamín Ballester y Marcela Sepúlveda a partir de dos fotografías de archivo. Ver referencias en p. 655 de este libro.



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

HISTORIAS DE LAS ARQUEOLOGÍAS EN CHILE

Benjamín Ballester y Marcela Sepúlveda

EDITORES

uah/Ediciones
Universidad Alberto Hurtado

Índice

Historias de las arqueologías en Chile.	13
<i>Benjamín Ballester y Marcela Sepúlveda</i>	

ARQUEOLOGÍAS EXTRACONTINENTALES

1. Arqueología, arqueólogos y Rapa Nui: pasado, presente y futuro.	53
<i>Andrea Seelenfreund y Rafael Rapu</i>	
2. Arqueología, leyenda, mito e identidad en la isla Robinson Crusoe, archipiélago de Juan Fernández, Chile insular	87
<i>Iván Cáceres Roque, Miguel Saavedra Villanueva y Héctor Vera Carrera</i>	
3. Historia de la arqueología chilena en las islas Shetland del Sur	115
<i>Rubén Stehberg</i>	

ARQUEOLOGÍAS EN LOS EXTREMOS

4. Historia de la arqueología chilena de Fuego-Patagonia. Navegando los canales, mares y archipiélagos australes.	149
<i>Flavia Morello, Marianne Christensen y Jimena Torres</i>	
5. Arqueología en la frontera norte: Arica y Parinacota frente a la modernidad, el nacionalismo y la patrimonialización . . .	179
<i>Álvaro Romero Guevara y Marcela Sepúlveda</i>	

6. Historia de la investigación arqueológica en la zona continental de Patagonia y Tierra del Fuego, Región de Magallanes 211
Mauricio Massone y Alfredo Prieto

7. Arqueologías del desierto tarapaqueño. Una mirada retrospectiva al estudio de la cultura material en Tarapacá (siglos XVIII-XXI). 241
Pablo Mendez-Quiros y Cora Moragas

ARQUEOLOGÍAS EN ALTAS Y BAJAS LATITUDES

8. Cimentando las bases de una arqueología para los aiseninos y el mundo. 271
Francisco Mena Larraín y Camila Isidora Muñoz Soto

9. Relatos sobre la arqueología del río Loa, desierto de Atacama: entre la historia y la memoria. 297
José Berenguer R. y Gonzalo Pimentel G.

10. Noventa años en los archipiélagos: la arqueología de Chiloé y el Pacífico de Patagonia septentrional 323
Simón Sierralta Navarro

11. Fragmentos de la arqueología de la costa de Antofagasta. 349
Benjamín Ballester

12. El desarrollo de la arqueología en Valdivia desde mediados del siglo XIX hasta la década de 1990 379
Leonor Adán A. y Simón Urbina A.

13. Historias de la arqueología de San Pedro de Atacama y sus alrededores 413
Carolina Agüero P.

ARQUEOLOGÍAS EN ZONAS INTERMEDIAS

14. Perspectiva histórica de la arqueología en la Región de la Araucanía 449
Roberto Campbell y Ximena Navarro
15. Historia de la arqueología de la Región de Atacama 485
Francisco Garrido Escobar y Gloria Cabello Baettig
16. Investigaciones arqueológicas en la zona de Concepción y Arauco en el siglo XX 517
Daniel Quiroz, Eduardo Becker y Marco Sánchez
17. Orígenes de la investigación arqueológica en la Región de Coquimbo, Chile (ca. 1870-1950) 539
Gabriel E. Cantarutti Rebolledo

ARQUEOLOGÍAS EN EL CENTRO CONTINENTAL

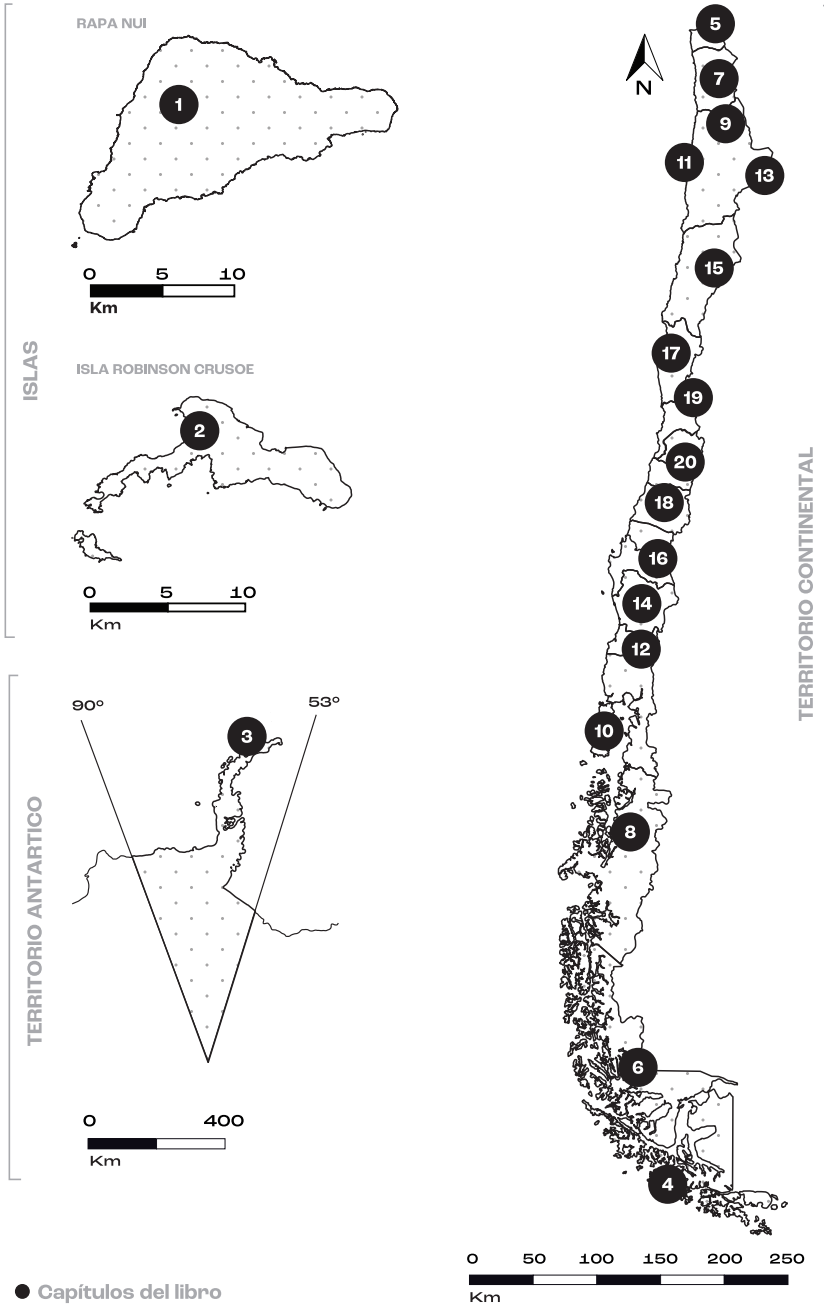
18. Arqueologías del Maule 573
Francisco Vergara e Itaci Correa
19. Breve crónica y relato de la investigación arqueología en las cuencas transversales del Choapa, Petorca, La Ligua, Aconcagua y áreas aledañas 605
Daniel Pavlovic
20. Historia y aportes de la arqueología de Chile Central 629
Fernanda Falabella G. y Luis Cornejo B.

Agradecimientos 645

Referencias bibliográficas 649

Imagen de portada 797

Mapa de Chile y distribución de los capítulos del libro



Historias de las arqueologías en Chile

Benjamín Ballester¹ y Marcela Sepúlveda²

Reflexionar acerca de la trayectoria de la arqueología, así como de cualquier otra ciencia, es una manera de situar su devenir en la actualidad para pensar en un porvenir. Crear historias de la arqueología sirve de retrospectiva y balance para comprender el desarrollo intelectual y la genealogía del conocimiento considerando sus dimensiones prácticas, metodológicas, epistemológicas, ontológicas, políticas y metafísicas en el marco de un contexto mayor de producción que les da sentido y razón de ser en el presente (Corbey y Roebroeks, 2001a; Díaz-Andreu y Coltofean, 2024; Fahnstock, 1984; Trigger, 1989; Moro-Abadía, 2006). Con certeza brinda una oportunidad para visitar y reconocer nuestro legado académico, científico, profesional y laboral (Murray y Evans, 2008a). Pero no solo eso, a su vez, ayuda a quienes la practican a compartir experiencias y vivencias a través de generaciones, en una larga duración, aportando insumos para sobrellevar procesos que conllevan profundos apegos y sentimientos. Un gesto que contribuye a que las personas dedicadas a la arqueología se sientan parte de una entidad y de un movimiento mayor que las supera como individuos. En otras palabras, un “nido histórico” que cobija y da protección, incluso cierta seguridad práctica y ontológica para afrontar con conocimiento de causa las incertidumbres de esta singular actividad científica. Historizar la arqueología ofrece, por lo tanto, una mirada distante que representa una perspectiva única para vernos desde lejos, pero sin

¹ Investigador Independiente, benjaminballester@gmail.com.

² Universidad Diego Portales, Universidad de Tarapacá, Sociedad Chilena de Arqueología, Chile y UMR8096 ArchAm (CNRS-París 1), Francia, marcelaasre@gmail.com.

perder nunca de vista nuestros propios pies y los pasos que han dado (Lévi-Strauss, 2015). Un ejercicio que no es muy distinto a internarse por un extenso y llano desierto, donde, al poco andar, inevitablemente se mira hacia atrás para divisar las huellas marcadas sobre la arena con la finalidad de guiar el camino hacia adelante en búsqueda de alguna ruta.

Hasta el momento, el único libro que ha abordado la historia de la arqueología en Chile de manera íntegra y exclusiva es el escrito por Mario Orellana, bajo ese mismo título en el año de 1996. Una obra ambiciosa y no exenta de polémicas, pero también valiente y sofisticada para su época, que tuvo como antecedente una primera versión publicada en 1982, dedicada al devenir de la disciplina desde sus inicios hasta la década de 1940. El interés del autor en la renovada edición era precisamente llegar más allá en el tiempo para incorporar los principales acontecimientos del resto del siglo XX, en un afán por completar una historia todavía inconclusa. Por supuesto, en su andar publicó además varios artículos en revistas académicas y capítulos de libros dedicados al tema, que, según su época, hoy pueden ser leídos como una manifestación del estado de su reflexión en cada momento de su trabajo intelectual (Orellana, 1975, 1981, 1991, 1993, 1994, 1999). En ese marco, *Historia de la arqueología en Chile* (Orellana, 1996) no puede ser concebida como una obra aislada, sino como una pieza más de un enjambre mayor que le da sentido y una posición específica en el campo de las acciones y de las ideas de su autor, así como de lo que se produce y lee en la escena nacional sobre este tema. De hecho, existieron otros ejercicios previos de síntesis, aunque parciales, con matices y sin la fuerza centrípeta y unificadora de esta obra, pero con los cuales igualmente se relaciona e interactúa en tanto producto de una época y contexto social (por ejemplo, Brand, 1941; Looser, 1954; Massone, 1987; Montané, 1972; Núñez y Mena, 1994; Rivera, 1990; Thomas, 1977).

Ha sido en parte el carácter singular y excepcional de este libro el que le ha otorgado una condición dominante y omnipresente en el metarrelato general de la historia de la arqueología chilena. No en

vano el presente volumen comienza haciendo referencia a él, pues, como podrá verse a lo largo de las páginas que siguen, nuestra iniciativa nace efectivamente como una respuesta y alternativa a la mirada de su autor, pero por sobre todo como una forma de desbalancear la posición hegemónica que esa obra y el discurso que contiene han adquirido con el paso del tiempo, en la configuración de lo hoy que creemos que es y contempla la historia de la arqueología en Chile. En efecto, el simple hecho de aludir a “una” o a “la” historia en singular, por sutil que parezca, constituye un gesto que genera un impacto en la manera en que se entiende ese fenómeno (Murray y Evans, 2008a). Qué decir respecto de la mención de “una” arqueología, también singular y única, que impone la idea de un consenso absoluto y que ignora la existencia de diversas formas de pensar, hacer y proyectar la arqueología, todas ellas válidas y efectuadas además por un enjambre enorme y heterogéneo de personas que, salvo por el título de “arqueología”, difícilmente podrían ser reunidas en un mismo saco. Este ir y venir constante sobre la obra de Orellana en la presente introducción, y en algunos de los capítulos que le siguen, no es un mero capricho o crítica atemporal a su autor, sino más bien como recurso de hilo conductor al relato del libro en su conjunto y como argumento central para reflexionar acerca de las historias de la arqueología, ya no desde el contenido específico dotado por su escritor, como de la manera en que en general se escriben estas historias, considerando su origen y contexto en tanto productos de una época, condición y posición particular.

Evidentemente la omnipresencia del discurso de Orellana no se debe única y exclusivamente al desinterés colectivo por historizar nuestro quehacer y escribir libros sobre el tema. Lo es a su vez porque él todavía ocupa un lugar privilegiado en la micropolítica y las relaciones de poder dentro del campo disciplinar de la arqueología en Chile, tanto por su propia trayectoria académica como por el lugar desde donde escribía, en concreto, la Universidad de Chile con sede en la capital del país. Cabe recordar que la dictadura cívico-militar (1973-1990) se impuso en Chile pocos años después de la formación de las primeras

carreras universitarias de Arqueología (1965 en Concepción, 1969 en Santiago y 1971 en Antofagasta), frenando un proceso que estaba en franco crecimiento y diversificación geográfica y, en términos de escuelas, mermando todas las iniciativas salvo, precisamente, la de la Universidad de Chile en Santiago, la única que se ha mantenido de manera ininterrumpida desde su apertura hasta el presente (Sierralta, 2020). Una continuidad que propició una preeminencia de esta casa de estudios a nivel nacional y, con ello, también de ciertas personas que ahí se desempeñaron en la labor arqueológica. Situación que desencadenó el surgimiento de una escuela académica de enorme peso y trascendencia en la escena arqueológica del país, especialmente en lo que respecta a las decisiones e iniciativas de la política científica y de la legalidad patrimonial, al igual que en el ámbito de las ideas y de los referentes intelectuales.

De esta manera, Mario Orellana, en tanto fundador y personaje protagónico de la escuela de arqueología de la Universidad de Chile, historiador de formación y prehistoriador de oficio, devino por defecto en figura nacional y su libro en lectura obligada para quienes quisieran formarse en esta área del saber. Su *Historia de la arqueología en Chile*, al poco andar tomó ribetes propios, a modo de *doxa* y bajo la forma de un discurso hegemónico, casi un monólogo en una arena con escasas voces alternativas producto de la vía única suscitada por la dictadura. Es aquí que “la historia sustituye a la mitología y desempeña la misma función”, tal como propone Claude Lévi-Strauss (2012, p. 77), forjando una verdadera *Mythistory*, según los términos de William McNeill (1986). A su vez, y como parte del mismo proceso, el discurso histórico se ritualiza en el marco de las disciplinas, ayudando a sostener y reproducir el mito (Foucault, 2020). Como consecuencia, las palabras reunidas por Orellana se han convertido en una suerte de mito de origen y desarrollo de la arqueología chilena, ritualizadas a modo de un relato ordenador sobre el pasado que es incorporado como válido y certero para guiar y conciliar el buen vivir de la disciplina en el presente. Es así como la gran mayoría de los ejercicios posteriores destinados a historizar la arqueología chilena mantienen o perpetúan algo de la

base de este mito fundacional, sea en su contenido o estructura, fases o categorías, como en su condición o lugar de origen (por ejemplo, Carmona, 2003; Carrasco, 2006; Cornejo, 1997; Núñez, 2001; Salazar et al., 2012; Troncoso et al., 2006, 2008; Urbina, 2020). En conjunto, representan un buen ejemplo del peso de las escuelas intelectuales y de cómo la tradición de las generaciones pasadas “oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos” (Marx, 1972 [1852], p. 15). No en vano Tim Murray (2002) afirma que es gracias a estas historias que es posible entender más acerca del poder de la tradición y la fuerza estructurante de las disciplinas. Una inercia tan fuerte que incluso este libro no logra desprenderse por completo del mito.

Llevar a cabo un proyecto para sintetizar la historia de una disciplina en una única obra escrita implica, necesariamente, un ejercicio a la vez totalizante y reduccionista, sobre todo si aspira a abarcar una realidad nacional de manera completa e íntegra, desde sus inicios hasta el presente. Qué decir si esta empresa además es diseñada, gestada y redactada por una sola persona desde un punto específico del país. Lo cierto es, sin embargo, que este tipo de iniciativas es característica de una época particular de la historia de las ciencias, que podríamos definir como la modernidad y en el marco del positivismo como corriente filosófica, por lo que excede con creces la situación específica de la arqueología chilena de las últimas décadas. Por esta razón, la *Historia* de Orellana puede caracterizarse como unificadora, generalista y hegemonzante, una obra moderna y positiva que busca reunir y compendiar la historia de un quehacer científico para todo un país y, a lo largo de siglos, en un solo lugar y de manos de una única persona. Asimismo, si aceptamos que toda obra humana es reflejo de su productor y del contexto en el que se desenvuelve, y que, por lo tanto, todo texto es una expresión de su escritor, se trata además de una *Historia* esencialmente masculina, blanca, institucional y santiaguina, redactada desde una élite, con cierta condición de clase, determinados presupuestos políticos y fundada en una particular ideología.

Fue ante este balance que surgió la idea de crear una nueva obra paralela a la de Orellana, no en el afán de remplazarla o sustituirla,

tampoco necesariamente de mejorarla o superarla, pero sí como una manera de abrir la posibilidad a otras alternativas y, con ello, quitarle su papel hegemónico en el metarrelato nacional. Por supuesto, nuestra propuesta intenta hacer frente a algunos de los aspectos anteriormente señalados, sobre todo en lo que se refiere al origen de los relatos sobre la historia de la arqueología chilena, ya no desde un punto y posición singular, sino desde muchos, con énfasis en la diversidad de voces, posturas, géneros, orígenes y trayectorias (Ballester, 2020). De antemano, como editores debemos advertir que nuestro anhelo no es ni ha sido jamás alcanzar toda la historia, ni tampoco hacerlo de manera completa o íntegra, sino matizada e inscrita según la realidad e intereses de cada una de las personas que la ha escrito a lo largo de las páginas que siguen. Ciertamente, en tanto editores no buscamos ni esperamos exponer nuestra propia historia de la arqueología, todo lo contrario, intentamos simplemente abrir un debate y ofrecer a quienes lean el libro ciertas herramientas analíticas y conceptuales para enfrentar estas y otras historias disciplinares. En este sentido, el presente libro debe ser entendido como una obra colectiva, redactada a muchas manos, aunque no necesariamente articuladas o concertadas entre sí, cuya introducción es solo un gran *avant-propos*, pero no una historia en sí misma. En consecuencia, será posible reconocer diferentes tendencias y opiniones sobre qué se considera o no parte de la historia de la disciplina, incluso qué se entiende por arqueología, con distintos acentos y énfasis según de dónde provengan esas líneas. Igual sucede con la lógica en que se estructuran los discursos, pues cada cual escogió la propia y que creyó adecuada de acuerdo con su particular manera de definir la arqueología, comprender el proceso histórico, destacar ciertas agencias y su decisión acerca de cómo expresarlo sobre el papel.

Desde luego, ante esta libertad expositiva hay quienes configuraron un relato cercano o heredero de los anteriores, pues era la manera que sentían más adecuada para abordar y contar sus historias. Otras y otros, en cambio, hicieron propuestas innovadoras que, seguramente, abrirán nuevas perspectivas hacia las futuras generaciones acerca de posibles fracturas o alternativas para investigar y pensar en lo que viene. Ese

es precisamente uno de los fundamentos de este libro: mostrar que otras historias son factibles y, no solo eso, sino que probablemente existen tantas viables como personas interesadas en reflexionarlas y escribirlas, solo falta la voluntad por materializarlas. De ahí que esta introducción, conscientemente, no establezca una historia general de la arqueología chilena que reúna las específicas de cada región, como tampoco contemple un texto de cierre que las sintetice al final del libro, porque, precisamente, no espera concluir nada de ellas, pues es su diversidad el motivo último de esta iniciativa. Proyecto que se basa en el entendido de que toda historia no es solo un recuento de hechos y agencias pasadas concatenadas en un hilo temporal, por lo tanto, que se pueden reunir y sumar en otra historia más amplia, sino ante todo una manera de expresarse sobre ese pasado para incluirlo en este presente en aras de algún futuro esperado. Un llamado que apela a la creatividad, la diversidad de formas de expresión, la búsqueda de alternativas, tanto en los contenidos como en las formas, o a lo que Hayden White (1987) denomina “el contenido de la forma”, con énfasis en la representación, en la imagen y los imaginarios, en la narrativa y el discurso como dispositivos del saber y del decir. En palabras de Pierre Bourdieu (1994, p. 78), historizar un campo disciplinar o intelectual es una forma de optar a cierta libertad e independencia en las acciones, a una autodeterminación, pues permite ver qué y cómo ha ocurrido antes y, con ello, evaluar y decidir por nuevos caminos o soluciones. Ahí se encuentra el valor de la diversidad de esas historias, de la heterodoxa, ya que sirve para pensar nuestro quehacer desde distintas posiciones y como una válvula para expandir las arqueologías por venir. Este es seguramente el principal peso de la historia.

El peso de la historia

Para Mario Orellana (1996, p. 15) “el estudio del nacimiento de una disciplina es fundamental para una mejor comprensión de su

desarrollo”, de ahí su interés por los orígenes y las épocas más tempranas de la arqueología o lo que él llama “el análisis de los comienzos de la ciencia prehistórica”. Una premisa que compartimos en lo general, no así tal vez en lo específico, sobre todo en la forma en que esto se realiza y en los focos donde se pone el interés. En primer lugar, porque separar entre nacimiento y desarrollo nos parece inorgánico, lineal y simplista. Lo relevante es, más bien, el transcurso o el devenir, la deriva en todo su andar y a lo largo, también a lo ancho, pues cada momento concreto posee una densidad inconmensurable, aquella riqueza de la sincronía que ha propiciado en parte el estructuralismo (Lévi-Strauss, 1973). En segundo lugar, como veremos en la siguiente sección, para nosotros la arqueología y la prehistoria no son iguales ni tienen los mismos objetivos, una premisa que nos aleja de la linealidad y la periodificación, o al menos de aquellas que son propias de la historiografía tradicional. Preferimos prestar atención y poner en relieve a las fuerzas que predominan en cada momento y en el paso del tiempo, con sus choques y contradicciones, agencias e intereses, motivaciones y negativas. Finalmente, no apelamos a una única objetividad y tampoco tememos que ciertas ideologías dominen los relatos³, todo lo contrario, aquello parece lo lógico si son producciones humanas. Lo importante es poder reconocerlas, situarlas y contextualizarlas adecuadamente, sin olvidar jamás que aparte de los hechos que sintetizan, son a su vez una manifestación extraordinaria de quienes las han redactado y de su propio tiempo.

En este sentido, compartimos la propuesta de Maurice Bloch (2001) acerca de que la historia no busca restituir o revivir los hechos y cosas del pasado, sino recomponer y reconstruir, lo que implica a su vez componer y construir, siempre desde el presente. Según este mismo autor, la base de toda historia es la observación, el análisis y la crítica, por lo tanto, dependiente de quien la produce y de su respectivo

³ Basta leer las opiniones de Orellana (1996, pp. 7, 25-26, 174) sobre el trabajo de Montané y las tendencias marxistas de la época para notar su temor y reticencia sobre ciertas tendencias ideológicas.

contexto de creación. En consecuencia, y fiel a su etimología (ιστορία), toda historia es una investigación, una indagación en búsqueda de una huella o una pista (Ricoeur, 2015). Pero en toda investigación la pista y la búsqueda dependen en última instancia de quien investiga y, por ende, de cuestiones subjetivas. Bruce Trigger (1989, p. 3) es enfático al respecto, ahora desde el propio campo de la arqueología: “las interpretaciones históricas son notoriamente subjetivas, hasta el punto de que muchos historiadores las han considerado meras expresiones de opiniones personales”. Realidad que no es un problema si tenemos en cuenta que uno de los valores de estas historias es que también son la expresión de quienes las producen y no solo un contenido duro de eventos del pasado. Por esta razón Walter Benjamin (2007, p. 66) afirma que la tarea de la historia es “la representación del pasado” y, como tal, una producción humana más (Marx y Engels, 1978). Imágenes e imaginarios creados mediante el ensamblaje de eventos y personajes seleccionados del universo de lo acontecido. En suma, para este libro la imagen misma es tanto o más relevante que aquello que busca representar.

Conforme con lo anterior, la historia de las disciplinas puede llegar a ser bastante tendenciosa e interesada, poca duda cabe de aquello. Quienes la escriben son conscientes de la fuerza que cargan sus palabras en el presente y en el futuro, al punto de que son capaces de configurar a su ingenio un imaginario sobre el pasado que no siempre se condice de manera directa con aquello que efectivamente ocurrió (White, 2019). Por ende, a la hora de narrar cómo sucedieron los hechos de otras épocas se conjugan simultáneamente varios gestos complementarios, dos de los cuales son especialmente relevantes para los objetivos de este libro: por un lado, la sobrerrepresentación y, por el otro, la exclusión de ciertos personajes, colectivos y eventos, unos en desmedro de otros. Con certeza se trata de un juego poderoso, especialmente para quienes no vivimos presencialmente esos hechos de otros tiempos de los que tanto se habla y que debemos valernos necesariamente del relato de terceros para acercarnos a ellos con tal de entender sus causas y desenlaces.

La redacción de la historia de las ciencias sea cual sea la rama del saber que se busque historizar, está siempre enmarcada en una microfísica del poder que actúa en una determinada arena política (Foucault, 2002). Es en ella que se construyen los discursos sobre lo normal y lo adecuado, lo bueno y lo correcto, la verdad y la realidad acontecida, además de lo que ocurrió y lo que no, sin descontar el cómo y por obra de quiénes aquello sucedió (Foucault, 2017, 2019). Cuando estas historias se esgrimen dentro de una disciplina y acerca de ella misma, existe inevitablemente cierto control en la producción de ese discurso, sobre todo donde la autoría es abiertamente reconocida y está posicionada en un lugar privilegiado dentro del escenario académico en cuestión, con lo que esas voces y decires adquieren un estatus de veracidad frente al resto posible y existente, que es excluido precisamente por su posición marginal o secundaria (Foucault, 2020). No en vano Walter Benjamín (2017, p. 52) decía que “en toda historiografía, el debate acerca del pasado más cercano resulta controvertido”, pues es ahí “dónde más fácilmente difieren las opiniones”.

Esta situación configura regímenes de autoridad sobre lo que se dice dentro de la retórica científica, enmarcados en un proceso de institucionalización ritual de ciertos enunciados históricos por sobre otros en el campo político, cultural y simbólico de la academia (Bourdieu, 2001). Dichos regímenes establecen órdenes instituidos con base en consensos y principios de jerarquía determinados por la estructura que rige el modo de producción de ese conocimiento (Bourdieu, 1999). Un verdadero lenguaje autorizado generado en el marco de la ritualización de lo institucional (Bourdieu, 2001). Fenómeno que también involucra a los relatos ligados a la historia misma de las disciplinas o lo que se podría denominar como la “genealogía del saber disciplinar”, considerando sus agentes, instituciones, dispositivos y mecanismos (Foucault, 2004). Es así como los discursos sobre el quehacer científico adquieren también un rol estructurante dentro de la realidad presente de la academia y en tanto programa de las que están por venir. Concretamente para el caso de Chile, la escritura de

la historia de la arqueología ha servido para crear un canon (Connah, 2010), en parte debido a la falta de interés por escribir narraciones alternativas y, a su vez, como consecuencia del rol de monólogo que ha adquirido la voz de Orellana en la orquesta nacional.

Pero el peso de estas historias no es una cuestión puramente teórica o académica, dado que igualmente impacta en el quehacer cotidiano y práctico de la arqueología en su conjunto e incluso fuera de ella. Es por esta razón que Hayden White (2012) distingue entre el pasado histórico, el de los historiadores profesionales y el de los libros, respecto del pasado práctico, aquel que afecta cada día al común de las personas. No muy lejana es la distinción propuesta por Lewis Binford (1981) entre el diálogo interno y externo de la arqueología, el primero referido a las comunicaciones e implicancias del quehacer propiamente profesional y académico, y el segundo con relación a cómo esos desarrollos y saberes disciplinares permean también fuera de ella hacia el resto de la sociedad. Así, la historia formal de la arqueología impacta no solo en las aulas y en la producción intelectual, pues al mismo tiempo lo hace en el imaginario del pasado disciplinar de quienes la experimentan y se desempeñan en ella a lo largo del país, pero también de quienes no lo hacen y que de alguna manera se relacionan con ella y los conocimientos que produce en distintos ámbitos de su vida cotidiana (Bourdieu y Eagleton, 2003).

Con todo, en ambos sentidos dichas historias terminan confluyendo e influyendo en un único lugar: en la consciencia. El mismo White (2018) asevera que la historia tiene la tarea de inducir en las personas una conciencia de que su condición presente es siempre producto de ciertas elecciones específicas tomadas en el pasado, por remoto o cercano que este sea, y que, por lo tanto, pueden ser modificadas o alteradas por nuevas acciones en el presente. Esta es la capacidad de libertad e independencia a la que alude Bourdieu (1994), una potencia creadora de vanguardia e innovación mediante la reflexión y la crítica de lo que ya ha ocurrido. Es solo ante esta capacidad creadora que la agencia de quien produce narrativas sobre el pasado, desde la arqueología, puede tomar relevancia concreta en

proyectos políticos contemporáneos (Sepúlveda, 2011). Historias que desde esta perspectiva juegan un rol importante en la configuración de una filosofía coherente de la arqueología, ayudándola a comprender su quehacer intelectual y práctico como una producción social y cultural (Schlanger, 2002).

Por supuesto, este ímpetu por historizar la arqueología no es una fiebre exclusiva de Orellana, de este libro o Chile. Las historias de la historia de las arqueologías —valga la redundancia— demuestran que se trata de un fenómeno generalizado y recurrente en buena parte del planeta, casi tan antiguo como la antigüedad misma de esta práctica (Corbey y Roebroeks, 2001b; Trigger, 1989). Hay quienes inclusive proponen la existencia de un campo aparte de desarrollo disciplinar sobre el tema (Murray y Evans, 2008a), particularmente efervescente en los últimos cuarenta años (Moro-Abadía, 2012). A fin de cuentas, todo parece indicar que, para hacer arqueología, hay que necesariamente también hacer al menos un poco de su historia, en tanto constituye un quehacer retrospectivo que constantemente se piensa a sí mismo, que evalúa los resultados de sus acciones y que está siempre en búsqueda de mejorar su propia forma de actuar. Sin duda alguna, la tradición y las escuelas académicas rugen fuerte en este proceso, pero hasta ellas mismas miran frecuentemente hacia atrás con la finalidad de crear referentes, definir mitos y trazar linajes que encaucen el presente según sus propios objetivos.

Existen casos por montones, algunos de los cuales sirven como punto de comparación y de soporte para el proyecto que define este libro. Así, en la literatura arqueológica destacan ejercicios a nivel global (por ejemplo, Bahn, 2014; Christenson, 1989; Delley et al., 2016; Díaz-Andreu, 2024a; Murray, 2001; Murray y Evans, 2008b; Trigger, 1989) y otros de escala continental (por ejemplo, Daniel 1967, 1981a, 1981b, 1987; Fagan, 1984; Groenen, 1994; Howes et al., 2022; Willey y Sabloff, 1974), algunos de ellos dirigidos exclusivamente a ciertos momentos específicos de la historia (por ejemplo, Alcina Franch, 1995; Díaz-Andreu, 2007; Schnapp, 1993) y no pocos enfocados únicamente en trayectorias nacionales (por ejemplo, Díaz-Andreu, 2002;

Klejn, 1993; Klindt-Jensen, 1975; Kristiansen, 1981; Laming-Empeaire, 1964; Patterson, 1995; Reyman, 1992). Como es de esperar, la escena latinoamericana no se ha quedado atrás en estas reflexiones, con iniciativas generales (por ejemplo, Nasti y Menezes, 2010; Oyuela, 1994) y otras de corte más bien nacional (por ejemplo, Angelo, 2005; Bernal, 1979; Bonavia y Ravines, 1970; Botero, 2008; Bueno, 2016; Fernández, 1979; Funari, 2008; Kauffmann, 1961, 1970; Matos Moctezuma, 2017; Piazzini, 2015; Podgorny, 2004; Tantaleán, 2016).

En suma, este libro se inserta en una larga y extendida tradición de iniciativas dedicadas a pensar la arqueología desde una retrospectiva, con el fin de generar un balance de su devenir histórico. Una genealogía del quehacer y del conocimiento que espera contribuir a la realidad presente y al desarrollo futuro de esta práctica laboral, profesional, científica, académica e intelectual. Pero, por sobre todo, intenta entregar los insumos para mostrar que existen múltiples y variadas formas de concebir, hacer y expresar las historias de las arqueologías, donde cada una de ellas constituye la manifestación material de sus respectivas autorías y contextos de producción. Lo interesante es que la amplitud de discursos disponibles apunta al hecho de que al parecer la propia definición de arqueología no es tan ceñida y estricta como algunos sentencian. Un hecho que sugiere que las épocas de primacía de monólogos centrales responden a ciertos contextos específicos de producción de las ideas y no a una normatividad inherente a dichos discursos. Es por esto que la *doxa* puede dar espacio a una heterodoxa.

El concepto de arqueología

Para Mario Orellana (1981, 1996) la arqueología es, en realidad, la Prehistoria, funcionan casi como sinónimos y, en algunos textos, usa incluso una mezcla de arqueología prehistórica para referirse al tema, bajo el supuesto de que también puede haber una arqueología

no prehistórica. La arqueología es entendida entonces como una ciencia que estudia y reconstruye el pasado, sobre todo aquel sin escritura. En este sentido, se concibe como una disciplina auxiliar a la Historia, pues es capaz de “hacer historia” en esos pueblos y épocas donde la Historia no logra hacerlo. Una manera de entender la arqueología que no es universal ni mucho menos generalizada, sino más bien heredera de una escuela particular de pensamiento y de un contexto específico del campo académico chileno. No hay que olvidar que Mario Orellana fue formado, precisamente, en Historia, y no en cualquier lugar, sino en la Universidad de Chile con sede en Santiago, institución en la que seguirá trabajando con cierta discontinuidad por décadas (Lecaros, 2014; Orellana, 2017; Orellana y Lecaros, 2022). Es este mismo legado de la historia el que lleva a Orellana a comprender la arqueología también como una forma de historia, muy al modelo europeo. Por eso las tres principales preocupaciones de su *Historia de la arqueología en Chile* son cuestiones propias de la historiografía convencional, como son la búsqueda por el origen, la necesidad de periodizar para ordenar en el tiempo e intentar descubrir el contexto de los hechos pasados.

En este sentido, Orellana se inserta en la línea de descendencia de una arqueología prehistórica clásica de la primera mitad del siglo XX en Europa, de aquella época en que se constituye como disciplina. Durante muchos años, se concibió esta ciencia de manera esencialista, es decir, desde su vínculo con el hallazgo de grandes monumentos, hitos del pasado relacionados con ciertos individuos, reyes o grupos de elite, descubrimientos de gran importancia sin metodologías o preguntas específicas (Daniel, 1981b). Se privilegió así una definición de la arqueología orientada a la búsqueda de edificios, objetos grandiosos, elocuentes en cuanto a ciertos niveles de desarrollo, bellos y museables, capaces de integrar y engrosar el listado de lo destacado y excepcional, siguiendo una tradición emanada de los anticuarios (Trigger, 1989). Hacer prehistoria refería entonces al estudio de sociedades pasadas y remotas, sin vínculos con el presente, sin escritura y con un particular interés en los grupos de elite. En esta época, si

es que se esbozó alguna historia de la arqueología, esta se vinculó con esos hitos de la historia pasada, la de las grandes civilizaciones, imperios, culturas y sus descubridores, aquella de grandes hombres encumbrados como héroes.

Poco a poco, a lo largo de las décadas, y con el advenimiento de nuevos marcos teóricos y el desarrollo tecnológico acuñado en novedosas metodologías, la arqueología fue definiendo sus límites respecto de otras ciencias, basada en la necesidad de restringir un campo disciplinar de la mano de un exacerbado “presentismo” y un “internalismo”, en el primer caso definido como una historiografía que juzga el pasado para legitimar el presente, mientras que en el segundo como una posición que asume que la formación del conocimiento científico es un proceso intelectual libre de influencias (Moro-Abadía, 2012). A inicios de la década de 1980, impulsado por el postmodernismo, surge una postura contraria definida como “externalista”, sustentada en la necesidad de comprender cómo las condiciones sociales, económicas y políticas influyen su historia como disciplina (Moro-Abadía, 2010). Se plantea entonces la revisión de los relatos previos, entendiendo que dicha historia es también fruto de las condiciones sociales y contextos en que se gestó (Trigger, 1989). Como consecuencia, estas historias disciplinares suelen oscilar entre una perspectiva internalista y otra externalista (Díaz-Andreu y Coltofean, 2024).

En Chile, difícilmente sería posible establecer una secuencia lineal de corrientes o paradigmas arqueológicos como la que se suele presentar a nivel global o en el Viejo Mundo. De hecho, se podría incluso dudar de la existencia de corrientes o escuelas propiamente tales, como la Nueva Arqueología o una post-procesual, aunque casos puntuales sin duda los hubo (Troncoso et al., 2006). Pese a que nivel nacional ha habido varias tendencias acerca de cómo hacer y pensar la arqueología, el canon predominante es el que la liga a la historia y la ciencia, por mucho tiempo definida como el estudio de las sociedades pretéritas a través de testimonios no escritos o de restos materiales de sociedades del pasado antiguo o de tiempos históricos recientes estudiadas desde el presente (por ejemplo, Larrain, 1975; Massone, 1987; Núñez, 1978;

Orellana, 1996). Si bien a inicios de la década de 1970 se visualizan atisbos por cuestionar o redefinir la arqueología con base en el materialismo histórico desde una perspectiva latinoamericana (por ejemplo, Bate, 1977, 1978, 1984, 2014; Montané, 1972, 1980), estos esfuerzos quedarían truncados en Chile por la represión impuesta por la dictadura cívico-militar (por ejemplo, Troncoso et al., 2006; Sierralta, 2020). Así, la indisociable relación entre arqueología y prehistoria perduró por muchas décadas y sobrevive incluso en la actualidad (Sierralta, 2020). El problema de esta definición radica en restringir el campo de la arqueología al pasado remoto o cercano, o bien, como señala la Ley 19.300 de Monumentos Nacionales, a restos materiales de los últimos cincuenta años (Berenguer, 1986). Ambas comparten el riesgo de situar la práctica disciplinar en función de una temporalidad específica, cuyo límite, además, se iría moviendo a medida que pasan los años.

A esto hay que agregar que, mientras ciertas personas enfatizan determinada temporalidad o el objeto de estudio de la arqueología (por ejemplo, histórica, de cazadores-recolectores, paleoambiental, etc.), otras privilegian la manera de recuperar la información necesaria para su interpretación (por ejemplo, excavaciones, registro de arte rupestre, estudio de colecciones, análisis de laboratorio, etc.). Como consecuencia, es muy probable que también se le defina como la disciplina que “comprende un juego de técnicas para la recuperación y procesamiento de la información sobre el pasado humano” (Trigger, 1981); siendo la excavación una de las formas de obtener registros materiales de ese pasado, pero no solo la única (Berenguer, 1986). Esta situación ha generado una cada vez mayor especialización en la formación de los profesionales del área, lo que ha incrementado aún más la proliferación y distinción de subdisciplinas arqueológicas con la consecuente definición de su propio campo particular de análisis: arqueozoología, arqueobotánica, arqueometría, arqueometalurgia, entre otras “arqueos” (Ballester, 2016b).

Desde la necesidad de delimitar un campo de acción en la escena nacional (Ballester, 2016b, 2016c), en la década de 1980 surgen intentos por redefinir la arqueología (por ejemplo, Berenguer, 1983, 1986;

Gallardo, 1983; Gallardo y Cornejo, 1987; Massone, 1987; Suárez et al., 1983). Se buscó desprenderla de su raíz histórica para situarla en el campo de las ciencias sociales, entendida entonces como la ciencia encargada del estudio del comportamiento humano por medio de sus productos materiales, sin establecer un límite temporal preciso (por ejemplo, Berenguer, 1983, 1986; Gallardo, 1983). Más allá del contexto político de la época, en estos años se imponía también la necesidad de diferenciarse y legitimarse en un escenario de creciente competitividad de la ciencia, marcada por el nacimiento de los proyectos del Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología (Fondecyt), entre otras fuentes de financiamiento (Ballester, 2016c). Esto aun cuando el fin de esta discusión fuera otro, pues Berenguer (2016) aclara que no buscaba al momento de proponer su definición sobre la arqueología responder a las políticas nacionales científicas y el financiamiento de proyectos de investigación. Sin embargo, y más allá de las intenciones, de acuerdo con algunos autores (por ejemplo, Cornejo, 2016; Salazar et al., 2017), fueron estas discusiones las que posicionaron finalmente a la disciplina en un rol reconocido socialmente.

Con la promulgación de la Ley sobre bases generales de medio ambiente 19.300 en 1994, la arqueología chilena fue fuertemente impactada en su quehacer al insertarse en el desarrollo de proyectos de inversión pública o privada (por ejemplo, Cáceres, 1999; Cáceres y Westfall, 2004; Carrasco, 2006). Esto significó no solo la apertura de un nuevo campo laboral y, con ello, la creación de nuevas carreras con un consecuente aumento de personal profesional sin precedentes hasta entonces, sino también nuevas definiciones sobre lo que es o no la arqueología. En este contexto, sin dudas que una de las mayores distinciones fue la que proclamó la existencia de una arqueología científica, abocada a la construcción de conocimiento, frente a otra profesional o aplicada, encargada de “problemáticas extradisciplinarias” (Carrasco, 2006, p. 44). Desde entonces, se han distinguido tres campos de acción según el área de desempeño y ejercicio profesional: (1) la arqueología de formación y difusión ejercida en universidades y museos; (2) la arqueología de investigación, estrechamente vinculada

a la primera, aunque puede también ejercerse de manera autónoma o independiente de instituciones; y (3) la arqueología de impacto ambiental al alero principalmente de consultoras o empresas privadas (Carrasco, 2006).

En síntesis, han existido tantas definiciones y formas de entender la arqueología como contextos sociohistóricos en los que se ha insertado este quehacer científico (Schnapp, 2002). Efectivamente, en el Chile de hoy “nuestra práctica, más allá de ciertos intereses hegemónicos y del impacto neoliberal en la academia y en el desempeño profesional”, ofrece “múltiples opciones a quienes las quieran tomar” (Cornejo, 2023). No obstante las alternativas posibles, la verdad es que las oportunidades de elegir no son iguales ni generalizadas para todas las personas, y que no todas las opciones cuentan con la misma legitimación y peso en la arena micropolítica de la arqueología nacional, lo que, sin duda, es una deuda respecto de nuestra propia práctica. Lo indiscutible es que estas definiciones varían y dependen de quien las proponga. Hasta ahora, en Chile, la mayoría de ellas han sido establecidas por investigadores hombres sin suficiente apertura a perspectivas diferentes o complementarias a las suyas. Versiones unificadoras que suelen omitir y no incluir una gran diversidad de voces que también integran y practican la arqueología en el país.

Voces

Quién dice las cosas es un factor determinante respecto de lo que se dice. Las palabras y los discursos sean escritos, visuales u orales, son obras humanas como cualquier otra y, por lo tanto, están sujetas a los intereses, las motivaciones, los saberes, los prejuicios y las pasiones de quien las emite. No hay que olvidar que todo autor es un productor (Benjamin, 2004), por lo que juzgar la palabra debiese ser a su vez juzgar la obra y su escritor, no solo al contenido al que se refiere. En términos de Michel Foucault (2020), hay que poner atención a lo

que “es”, “hace” y “dice” el discurso. Aspecto sumamente relevante cuando se trata de historias disciplinares, donde no solo se deben considerar los hechos y actores del pasado enumerados en el relato, sino también “quién” los escribe, “cómo” son esos discursos y “qué” impacto producen en el medio en el que interactúan. Bajo esta premisa, claramente es importante considerar las voces responsables de las historias escritas de la arqueología chilena.

La *Historia* de Mario Orellana es un soliloquio, un relato emitido a una única voz. De ahí que el contenido y la forma de su discurso deban ser considerados siempre en relación con su productor, entendido con esto el sujeto, su contexto y su tiempo. Al ser de formación historiador, su obra se ordena y estructura como una historiografía lineal, que va desde los orígenes hasta época reciente, clasificados en períodos que sirven de casilleros a las distintas etapas. Su historia sucede según una idea evolutiva de la ciencia, desde la intuición al método, la especulación a la verdad, lo pre-científico a la ciencia contemporánea, donde por supuesto esta última es más desarrollada y acabada que las anteriores. La totalidad del relato pivota desde sus pies, en concreto, con Santiago como capital y centro neurálgico del país, y de la Universidad de Chile como nodo intelectual y académico nacional. Los actores del guion son mayoritariamente hombres, letrados y con estudios superiores, sobre todo extranjeros, pero no cualquier forastero, sino los del Norte Global, como Europa y Estados Unidos. Sus perfiles son heroicos y están marcados por grandes hazañas a nivel de sus descubrimientos, desarrollos metodológicos y apuestas teóricas. Las instituciones tienen un rol clave en su narración, casi al punto de que el devenir de toda la historia de la arqueología se mueve al son del desarrollo de las instituciones asociadas a ella. En pocas palabras, es una crónica de la institucionalización y del progreso disciplinar.

Pero Hayden White (2019, p. 90) nos recuerda que “no hay tal cosa como una única visión correcta de ningún objeto bajo estudio, sino que hay muchas visiones correctas, cada una de las cuales requiere su propio estilo de representación”. En este sentido, hacer frente al problema del monólogo de la historia significa poner en jaque cualquier

supuesta verdad única y exclusiva (Foucault, 2017), para pasar de una voz a varias, de la univocalidad a la multivocalidad, del soliloquio al diálogo y la conversación. Una ampliación de voces que además da cabida a otras formas de expresión que ayudan a resguardar y potenciar las identidades de quienes producen los relatos. A este nivel ya no se trata, por lo tanto, solo de una cuestión de qué pasó y cuál es la verdad sobre el pasado, como de quién se puede ser en el presente en función de un pasado que se escoge valorar bajo el formato de una historia representativa. Es en esa subjetividad que yace el potencial objetivo y objetivante del relato histórico, pues expresa una verdad sobre la trayectoria y el devenir de la arqueología, pero situada y enmarcada en un determinado contexto de producción. Historias que, en tanto obras humanas, constituyen la expresión objetiva y material de su respectivo medio de creación.

Esta es la realidad que se reconoce precisamente a nivel global, donde existen muchas historias de la arqueología, en su gran mayoría bien distintas de ellas bien distintas y diversas entre sí (Corbey y Roebroeks, 2001b). Y si, tal como señala Bruce Trigger (1989), en el mundo hay múltiples escuelas y tradiciones que influyen en la forma en que se piensa, hace y produce arqueología, por qué la misma noción no podría correr para un país, sobre todo uno como Chile, que es extenso y heterogéneo en su conformación, compuesto de comunidades disímiles en sus circunstancias de vida y condiciones sociales. Trigger (1989) da incluso el nombre de “tradiciones regionales” a este fenómeno, un aspecto que está por completo ausente en el relato de Orellana, regido por una perspectiva nacional y unificadora, pero con los pies bien puestos en la capital. Esto abre la oportunidad para desanclar los relatos y las historias del centro del país para motivar sus escrituras desde regiones y localidades con la finalidad de completar y articular el territorio y maritorio nacional en su diversidad y heterogeneidad interna. Un giro que constituye la base que sustenta el proyecto de este libro y el motivo de su configuración en torno a una veintena de textos que hacen referencia a distintas zonas del país, cada uno de ellos escrito a su vez por diferentes personas.

Como sea, historizar la arqueología en clave crítica ante las tradiciones previas impone un desafío metodológico para quienes se desempeñan en esta actividad profesional e intelectual, pues a ratos implica trabajar con otros materiales muy distintos a los que están acostumbrados y formados, en este caso principalmente con archivos escritos y visuales (Murray, 2002). En efecto, para afrontar de manera crítica estas escrituras disciplinares es imperativo crear nuevos archivos que sirvan de sustento para evaluar, poner en jaque, reescribir o incluso validar parte de esas historias de y para la arqueología (por ejemplo, Burton, 2005; Jensen, 2024; Mallart, 2024; Schlanger, 2002). Una reescritura que no implica el reemplazo y la supresión de las precedentes, sino más bien crear relatos paralelos y narraciones divergentes que permitan quebrar con la doxa y la hegemonía discursiva de los que, hasta ahora, han tomado un lugar protagónico y excluyente al amparo de la institucionalidad y las relaciones de poder imperantes. El apremio no es sustituir o liquidar los discursos dominantes, menos aún invisibilizar o cambiar a unos para ensalzar a otras, pues esto precisamente sería replicar el gesto que se está criticando. Por el contrario, la idea es posibilitar el germen de nuevos archivos que derriben la hegemonía de los discursos vigentes (Baird y McFadyen, 2014), pero dejando a estos últimos como testimonio material de su existencia, sin negarlos y menos aún olvidarlos, sino a modo de ruinas que aseguren la posibilidad de reconocer en ellas a las agencias y acontecimientos que le dieron vida.

Un gesto que supone necesariamente una lectura inquisitiva de las historias disciplinarias hasta ahora escritas y de una debida consideración de quienes las han producido. Solo a través de esta lectura, es factible reconocer e identificar a quienes fueron suscritos como personajes principales y los hechos considerados como relevantes, pero también de quiénes los pusieron ahí y bajo qué circunstancias. Luego es sencillo evaluar a quiénes se excluyó de estas biografías científicas, así como los sucesos consignados como superfluos e insignificantes, relegados a la marginalidad o a la periferia de las historias institucionales y formales. Un enjambre de hacer y decires que expone la red

política detrás de la producción del conocimiento disciplinar. Una cartografía del poder académico que puede ser efectivamente trazada desde los textos, las publicaciones, los seminarios, los congresos y de toda suerte de documentos de archivo y de la memoria oral, probablemente las mejores manifestaciones materiales de las relaciones de producción del saber y su institucionalización en la academia.

Sin embargo, son pocas y pocos quienes se atreven realmente a poner en tela de juicio estos discursos, dado que se encuentran profundamente enraizados en los imaginarios colectivos producto de verdaderas enseñanzas dogmáticas. Es más, al haber sido producidos por ciertos personajes de renombre y de trayectoria destacada, la duda se instala no solo respecto a las palabras que consignan, sino también sobre quiénes las han emitido, haciendo mucho más compleja y delicada cualquier sospecha o interrogante en torno a estos temas. Algo que es, además, especialmente serio cuando estas personas representan a instituciones de prestigio, como universidades, museos, sociedades científicas e, incluso, a organismos gubernamentales o el Estado. Finalmente, en estos casos, los discursos disciplinares no se sostienen por sí mismos, por aquello que sus propias palabras niegan o afirman, sino por todo el andamiaje social y político al que están anclados, sea apuntalándolos o manteniéndolos. No en vano, Michel Foucault (2020, p. 38) plantea que “la disciplina es un principio de control de la producción del discurso”.

Por defecto, se puede asegurar que la arqueología no es una ciencia inocente, sino eminentemente política (Wylie, 1992). Se dice lo que se quiere decir, pero en ese decir no han participado todas ni todos. Es así, por ejemplo, que en la producción del relato de la arqueología han contribuido esencialmente hombres en la definición de lo que es importante, valioso o de interés (Díaz-Andreu, 2024a). Al ocupar posiciones de privilegio, ya sea en sociedades científicas, universidades, museos o cargos públicos, ellos sostienen la omisión o invisibilización de muchas voces, pero especialmente de las femeninas (Díaz-Andreu et al., 2022). Estos discursos hegemónicos y homogéneos reproducen una profunda ideología desigual de género, que ha afectado también la

forma en cómo miramos el pasado (Conkey y Gero, 1997; Gero, 1999; Wylie, 1997). De esta manera, abrir espacios a una mirada femenina contribuiría a visibilizar otro tipo de agencias, contextos y temas que tal vez no son abordados desde las perspectivas masculinas.

En Chile, la mayor parte de los relatos acerca de la historia de la arqueología han sido escritos por hombres profesionales de esta área y de distintas edades egresados de la Universidad de Chile (por ejemplo, Orellana, 1996; Cornejo, 1997; Núñez, 2001; Salazar et al., 2012; Troncoso et al., 2006, 2008; Urbina, 2020). Otras síntesis que exhiben distintos énfasis, aunque sin ese ímpetu unificador, reproducen lamentablemente el mismo sesgo de género (por ejemplo, Montané, 1972; Núñez y Mena, 1994; Rivera, 1990; Romero, 2003). A la fecha, si bien se remarca la ausencia de relatos unificadores femeninos, algunos homenajes, entrevistas o autobiografías dan cuenta de fragmentos de historias femeninas que, desde sus voces y experiencias, evidencian tensiones y dificultades en el hacer camino en una disciplina masculinizada (por ejemplo, Adán, 2022; Ayala, 2023; Ballester, 2016a; Castro, 2014; Falabella, 2021; Figueroa, 2022; González-Ramírez, 2021; Orellana, 2012; Seguel, 2020). Ni hablar de otros géneros en la arqueología nacional, hasta ahora totalmente ausentes. Cabe preguntarse, entonces, si acaso estas voces ausentes son casuales o bien el resultado de prácticas de invisibilización sostenidas en la arqueología chilena. ¿Acaso quienes integran esta disciplina son solo hombres? ¿Por qué, si las mujeres fueron parte de la formación en arqueología no han producido también discursos que aviven sus propias voces? ¿Acaso las arqueólogas no se interesan por historizar o elaborar narrativas sobre nuestro pasado y trayectorias? Verán que muchos de los capítulos que siguen en este libro abordan esta cuestión con casos concretos.

Agencias

Son las voces involucradas en la escritura de estas historias las que, en última instancia, deciden quiénes serán las y los actores de la trama que dará cuerpo al guion, así como su rol y protagonismo en los distintos acontecimientos que fueron seleccionados para encadenar la narración. Por supuesto que esta no es una decisión obvia ni trivial, que además tiene consecuencias potentes en el estructuramiento de la realidad social de la arqueología. En efecto, no es lo mismo obtener un papel protagónico o de primer orden, que uno de reparto o intrascendente en la configuración de estas historias. Qué decir si ni siquiera se tiene la oportunidad de aparecer en alguna mínima anécdota de este extenso relato. Es por esto que la redacción del pasado es un juego político del cual se puede, consciente o inconscientemente, sacar provecho en beneficio de algunos/as o en desmedro de otras/os, sobre todo si se conoce bien el peso que tienen estos discursos en el montaje del presente. De hecho, es en esta arena política donde se hacen efectivos los distintos dispositivos y mecanismos de ejercicio del poder, como pueden ser la invisibilización o la sobrerrepresentación, pero también la ridiculización, la discriminación, la marginación, la postergación o el blanqueamiento, entre tantas otras estrategias. Ciertamente, el desenlace de este juego no es el mismo si es monopolizado desde una sola voz a si hay otras voces enfrente para juzgar la partida y entregar visiones paralelas que la puedan evaluar.

De esta manera, por ejemplo, el relato de Mario Orellana (1981, 1982, 1996) es uno en el que predominan héroes y fundadores, verdaderos vencedores de la historia, cada cual en su respectivo período o casilla temporal. La gran mayoría de ellos son hombres y de ascendencia extranjera, lo que no es extraño considerando su posición y la idea difusionista de que los desarrollos científicos llegan desde fuera, en concreto, del Norte Global, primero de Europa y luego de Estados Unidos. Aunque en relatos posteriores la situación no es idéntica, tampoco es muy distinta, pues se suele replicar una

y otra vez prácticamente el mismo listado de actores principales, con más o menos margen de variación (por ejemplo, Cornejo, 1997; Núñez, 2001; Salazar et al., 2012; Troncoso et al., 2006, 2008; Urbina, 2020). Pese a todo, es casi imposible negar que los acontecimientos del pasado fueron en realidad consecuencia de las acciones de un enjambre diverso y multitudinario de agencias (Fahnestock, 1984), muchas de las cuales difícilmente podrían ser catalogadas como vencedoras, todo lo contrario, son las olvidadas, las perdedoras, las sometidas, las invisibilizadas, las subalternas e incluso las sin nombre. Es la gente sin historia de Eric Wolf (2022). En cambio, las historias de las arqueologías suelen enfocarse primordialmente en los grandes descubrimientos y en las más famosas excavaciones (Trigger, 1985), y con ellos en sus protagonistas y representantes. Un exitismo por el hallazgo y la excavación que es promovido por el imaginario popular que la sociedad tiene respecto de la arqueología, el que evidentemente queda corto ante la diversidad de prácticas y escenarios en los que se desenvuelve.

Buena parte de estas nociones nacen de una lectura apresurada y poco reflexiva de los historiadores de la disciplina, sin poner en tela de juicio aquellas sentencias hoy en día canónicas. Pero también hay algo de defensa de lo propio en dichas posturas, como un llamado a afirmar y legitimar que el modo actual de hacer arqueología es el único correcto, en desmedro de otros pasados o diferentes, supuestamente pretéritos o primitivos, gérmenes aún incivilizados desde donde se levantó e irrumpió la verdadera arqueología, profesional y universitaria, ya no “pre” ni “pseudo”, tampoco la “proto”, “*amateur*”, “aficionada” e, incluso, “a-científica”. Así, se suele presentar una barrera temporal e histórica tajante entre una arqueología científica y otra precientífica, una dicotomía que se expone como obvia y *a priori*, pues calza de manera precisa con los períodos y casillas de la mirada evolutiva de la disciplina. Para suerte de las universidades, dicho linde se fija precisamente con la formación de las primeras carreras universitarias. Sin embargo, fácilmente se puede cuestionar la validez de algunas de estas apresuradas distinciones si se considera que palabras como

“amateur” y “aficionado” provienen de “amor” y “afición”, de hacer algo por gusto y con cariño, por lo que contrastarlas con “profesión” nos dejaría en una situación bastante incómoda y desalentadora. Más bien, parece ser que estas dicotomías nacen de una concepción lineal y evolutiva del desarrollo de la arqueología que es característica de una época y forma particular de razonar, sumamente positivista y moderna (Fahnestock, 1984; Murray y Evans, 2008a; Trigger, 1989). Un fenómeno que también es consecuencia del proceso de convertirse en una disciplina formal, en tanto disciplinamiento, estandarización, unificación y regularización de prácticas, metodologías e ideas (Foucault, 2020).

No obstante, Alain Schnapp (1993) nos recuerda que la arqueología no es solo propiedad de arqueólogos y arqueólogas, menos aún de aquellas y aquellos a quienes en la actualidad sindicamos de esta manera, quiere decir, personas de título profesional y universitario formadas en esta disciplina. Pese a esto, el relato de Mario Orellana (1996) defiende la legitimidad y autoridad de la profesión universitaria en arqueología por sobre cualquier otra alternativa o posición posible, incluidos anticuarios, coleccionistas, aficionados, amateurs, obreros, paleros, indígenas, huaqueros, diplomáticos, campesinos, religiosos, militares, niños y, sobre todo, del resto de los mortales que no tuvieron la chance de pasar por las aulas de casas de estudio. Un discurso que parece lógico en el contexto de producción de su obra, en un momento de creciente especialización universitaria, más aún en el escenario dictatorial y postdictadura donde la vía única de la Universidad de Chile (donde él oficiaba) ya llevaba años impuesta (cabe recordar que la primera versión de su obra, escrita en 1982, llegaba solo hasta 1940, por lo que era una historia exclusivamente preuniversitaria). Por esta razón también se ha replicado una y otra vez en los discursos posteriores. Así, la distinción tácita entre profesional y aficionado, universitario y amateur, que venía desarrollándose desde hacía algún tiempo, logra por fin asentarse en el imaginario nacional, un fenómeno no muy distinto al que ha ocurrido en otros países y tradiciones arqueológicas a escala global (por ejemplo, Kehoe

y Emmerichs, 1999; Levine, 1986; Schnapp, 1993, 2002). Es con esas ideas que se consolida el aparataje legal y jurídico respecto del trato y control de los sitios y objetos arqueológicos en todo el país, así como el ordenamiento de la arena del financiamiento científico para su estudio e intervención.

Esta es la causa por la que, en las narraciones históricas, es habitual que de manera consciente y premeditada se excluya la acción de otras personas que acompañan la práctica arqueológica, como es el caso de paleros, excavadores, jornales, ayudantes, estudiantes, niños, familiares y colaboradores. Un fenómeno que al principio no fue tan generalizado, puesto que, incluso, se les reconocía su aporte técnico e intelectual, aunque se vio incrementado a medida que avanzó el proceso de profesionalización de la disciplina. Pero, pese a todo pronóstico, este último proceso no apaciguó su participación efectiva, todo lo contrario, solo lo formalizó como trabajo enajenado ya completamente distinguido de la actividad arqueológica propiamente tal, al punto que fueron definitivamente erradicados de los relatos históricos disciplinares. Una agencia que, a nivel nacional, recientemente ha podido ser objetivada a través de algunos estudios de caso que ponen en relieve la contribución de estas personas en la consecución de los objetivos arqueológicos, así como en las interpretaciones de los registros materiales y en la generación de conocimiento (por ejemplo, Ayala, 2007, 2017; Ballester, 2017, 2021, 2024; Pavez, 2015; San Francisco, 2024). Cuestión que también será evidente en algunos de los capítulos que conforman este libro, donde esas otras agencias, otrora invisibles, por fin toman cuerpo, nombre y apariencia. Para ello ha resultado imperativo estudiar las materialidades de los silenciados de la historia y la arqueología (Vidal, 2020); pero, antes que eso, primero hay que considerarlos valiosos y significativos. Como sea, todos ellos son ejemplos que ponen de manifiesto el hecho de que fue producto de las relaciones de poder y las posiciones de autoridad que el/la arqueólogo/a termina ejerciendo el monólogo en la historia, por mucho que en la práctica no haya sido completamente así (Ballester, 2024).

Una suerte de defensa corporativa y gremial, que muchos dirán que tiene un asidero desde el punto de vista de la preparación y los conocimientos, y poca duda cabe de aquello, pues la universidad efectivamente entrega herramientas y saberes respecto de cómo abordar, registrar y estudiar los restos arqueológicos que no todo el mundo tiene. Sin embargo, no se puede negar, tampoco, que esta jugada porta un componente político, pues claramente no es lo mismo plantear una distinción respecto del tipo o magnitud de conocimiento que se posee, a hegemonizar el control sobre esos elementos, menos aún restringir las relaciones que con ellos pueden establecer el resto de las personas, bajo un supuesto régimen de autoridad intelectual, metodológica y ética. Perfectamente, algunas sentencias tan tajantes como estas podrían hoy discutirse con mayor participación ciudadana en aras de un nuevo trato para con estos restos arqueológicos, sea cual sea su naturaleza. Un gesto que seguramente acercaría a todas las personas a estos temas, hoy en día tan esquivos y lejanos, quitándoles esa aura de tabú especializado que actualmente los cubre casi al punto de hacerlos incomprensibles. Ciertamente, redactar nuevas historias de las arqueologías que den voz y apariencia a la amplia diversidad de agencias no universitarias, que han sido partícipes a lo largo del tiempo en dichas prácticas, ayudaría a establecer un nuevo diálogo más justo y equitativo respecto de su capacidad de relacionarse con los restos materiales del pasado y su potencial en la generación de conocimiento asociado a ellos. Enhorabuena, esta es una postura que es posible de distinguir en varios de los capítulos que conforman este libro.

Pero no basta con reconocer que algunas personas fueron invisibilizadas, lo correcto es también investigar quién les da esa condición y cómo se logra. Pues lo cierto es que no son invisibles porque sí o por casualidad, sino porque en algunos casos son producto del proceso de diseño y escritura de estos relatos disciplinares. El carácter fantasmagórico de estas agencias es, en parte, consecuencia del juego político que trama el campo de la arqueología chilena. De ahí el interés por preguntarse quién produce los fantasmas, ya que interroga la estructura

misma de la academia en términos de sus asimetrías y jerarquías, así como de sus mecanismos y dispositivos para el ejercicio del poder en el ordenamiento y la construcción del presente. En este punto radica uno de los principales valores de escribir nuevas historias, dado que faculta montar otros relatos con nuevas o distintas agencias según desde dónde se esté produciendo. Una verdadera metamorfosis del espectro en persona y del anonimato al nombre de pila. Sin lugar a duda, la capacidad crítica y la reflexión son claves en el proceso para poder zafar de la atrapante tradición predominante. Con todo, la creación de nuevos archivos y el uso de los ya vigentes constituyen una fuente indispensable para buscar insumos más allá de los que entrega la historiografía formal e institucional, en aquello aún inédito y todavía no procesado.

Probablemente, el caso más emblemático de este fenómeno ocurre a nivel de género. Desde la década de 1970, en muchas disciplinas se alzan voces de descontento por parte de científicas, impulsadas por una primera oleada feminista ocurrida en la segunda mitad del siglo XX. En la arqueología, es solo a partir de 1980 que surgen las reivindicaciones políticas y críticas de parte de los movimientos feministas respecto de las inequidades de género (por ejemplo, Conkey y Gero, 1997; Conkey y Spector, 1984; Díaz-Andreu y Sorensen, 1998; Wylie, 1992). Sin embargo, las versiones de la historia de la arqueología se presentan todavía en clave masculina y sin protagonismo de las mujeres, en especial aquellas que no podrían ser calificadas por la historiografía tradicional como héroes, vencedoras o fundadoras. Qué decir de otros géneros, verdaderamente imposibles (Voss, 2000). Así, la arqueología comparte el “efecto Matilda” común a tantas otras ciencias, que refiere a la omisión voluntaria e intencional de las mujeres en el relato acerca de descubrimientos, los aportes teórico-metodológicos o la formación de profesionales (Díaz-Andreu, 2024b). Salvo en Argentina, tuvieron que pasar dos décadas producto de los contextos sociopolíticos vividos en América Latina para ver levantarse las primeras voces en contra de las desigualdades de género estructurales impuestas y perpetuadas desde los inicios de la arqueología

en el subcontinente (por ejemplo, Díaz-Andreu, 2025; Prieto, 2025; Tavera y Díaz-Andreu, 2025; Williams y Korstanje, 2021).

Al igual que en otros países de Sudamérica, en Chile las mujeres están casi totalmente ausentes de las historias de la arqueología. En el relato de Orellana (1996) no existen referencias al aporte concreto de mujeres a la arqueología del país, exceptuando el reconocimiento a Grete Mostny y menciones muy breves a Zulema Seguel y Annette Laming-Emperaire. Sin embargo, ambas en Concepción, junto con Guacolda Boisset en Antofagasta (Ballester, 2016a), lideraron la creación de carreras de pregrado durante las décadas de 1960 y 1970, proyectos truncados por el golpe y la dictadura cívico-militar. En palabras de la propia Seguel (2020, p. 4), “me parece curioso el silencio que se guardó en torno al aporte de la Universidad de Concepción [que] contribuyó al desarrollo de las ciencias antropológicas”. Proceso interrumpido que significó una profunda invisibilización, no solo institucional, sino de su propia protagonista. Y si aquello ocurrió con las arqueólogas más famosas, ¿cómo no recordar entonces a quienes no continuaron! (González-Ramírez, 2020). En efecto, la exclusión se repite constantemente con muchas otras colegas, particularmente de regiones y lejos de la capital, quienes entre las décadas de 1970 y 1990 sufrieron además de la invisibilización, el hecho de ser sindicadas de practicar arqueología a la sombra de otras personas, minimizando su propia agencia.

En Santiago y en la Universidad de Chile, junto a Orellana se repitió una historia similar. Se formaron y luego integraron el plantel académico en la década de 1970, “entre la primavera y la tormenta” (Castro, 2014), arqueólogas cuya trascendencia en la formación de muchas generaciones persiste aún en la actualidad (Brinck et al., 2021). Otras mujeres han dirigido numerosos proyectos Fondecyt en los últimos cuarenta años (Salazar et al., 2017; Sepúlveda, 2025), que además sustentan gran parte de los relatos acuñados en la prehistoria de Chile (Falabella et al., 2016). Así, la omisión de las mujeres en la escena nacional parece más un acto deliberado que una circunstancia azarosa. De ahí que sorprenda que, a diferencia de países vecinos,

Chile todavía no consolide un movimiento feminista sostenido en la arqueología que reivindique, entre otros temas, las desigualdades de género en la definición de las agencias que protagonizan la historia disciplinar.

Junto con los problemas de género, el multiculturalismo de la década de 2010 apeló a una arqueología más inclusiva y participativa (Ángelo, 2013; Ayala, 2020), impulsada por una posición teórica decolonial, neocolonial o postcolonial (Haber, 2016; McGuire, 2008). Estas nuevas miradas han podido mostrar que los relatos tradicionales de la historia de la arqueología excluyen sostenidamente a los grupos indígenas o de pueblos originarios, aun cuando algunos efectivamente reconocen su participación (por ejemplo, Ayala, 2007, 2014; Romero, 2003). Siguiendo este legado, se ha planteado la necesidad de desarrollar una arqueología social, pública, comunitaria y colaborativa que integre efectivamente a estos actores y otros excluidos (por ejemplo, Ayala, 2014; Carrión et al., 2015; Kalazich, 2015; Vilches et al., 2015). No obstante, muchos de quienes apelan por una práctica colaborativa, en realidad, lo hacen únicamente a modo de exudar su culpa (Gnecco, 2008). Como consecuencia, se ha insistido en la necesidad de fomentar las arqueologías indígenas en su diversidad, una “arqueología de otra manera” que sea capaz de cuestionar las posturas coloniales tan arraigadas en el quehacer científico (Ayala, 2020). Posturas que también obligan a revisar el relato sobre el pasado, para considerar a aquellos grupos subalternos que hasta ahora han sido escasamente considerados en la historia (Muro y Tantaléan, 2022).

En síntesis, se puede asegurar que la trayectoria de la arqueología chilena es el resultado de muchas y múltiples agencias. Desde sus primeros tiempos, en ella participan no solo profesionales arqueólogos hombres, sino también mujeres, indígenas, niños, obreros y un sinnúmero de otras personas, con o sin título universitario en arqueología. A la lista habría que agregar agencias no humanas, como museos, universidades, colegios, liceos, iglesias y las fuerzas armadas, entre muchas otras instituciones. Buena parte de ellas y de ellos permanecen todavía en la penumbra, entre espectros y fantasmas, desplazados

por solemnes científicos y grandes descubridores, todos héroes de un progreso sanitizado y en franco desarrollo que, enhorabuena, nos ha llevado a la condición actual, la cúspide de la historia. Pero más allá de cualquier representación, a este libro lo que interesa es lo que hay precisamente detrás de esas imágenes y es a lo que apuntan directamente varios de los capítulos que lo componen. Textos en los que se puede observar claramente la irrupción de varias de estas agencias otrora fantasmales, al fin corporizadas o en franca iluminación.

El proyecto del libro

Tim Murray (2002) dijo en una ocasión que las disciplinas reciben el historial disciplinario que merecen. Bueno, a nuestra manera de ver, la arqueología chilena merece más de lo que hasta ahora ha obtenido de parte de quienes la practican. Por eso, en el año 2021, decidimos llevar a cabo este proyecto, pues estamos convencidos de que la *Historia* escrita por Orellana es insuficiente y que necesitamos que otros discursos estén disponibles a la mano de lectoras y lectores. De hecho, basta evaluar las páginas previas de esta introducción para notar que la obra de Orellana tiene un foco central en nuestra propuesta y lo es, justamente, porque esta iniciativa nace de una disconformidad respecto del discurso que contiene, no tanto por su calidad intelectual como por su posición y mirada. Podríamos decir que, sin ese libro, el nuestro tampoco habría existido, lo que a su vez expone las paradojas de la senda científica y del conocimiento, porque a veces se necesitan obras que no nos representan o acomodan para dar cabida a la creación de nuevas que intenten hacerlo. Ciertamente que al andar el brío crítico inicial se convierte en una actividad creadora independiente, con su propia hoja de ruta y trayectoria, ahora a merced de quienes la escriben.

Precisamente, por esta razón es que desde un comienzo este libro fue concebido como una obra colectiva y redactada por muchas

manos. Y para su efecto, no podían ser manos cualesquiera, sino seleccionadas según el ideario del proyecto. Con la finalidad primera de descentralizar el discurso desde Santiago y la Universidad de Chile, invitamos a personas especializadas o que hubiesen realizado arqueología en distintas regiones del país, incluidos aquellos territorios y maritorios tradicionalmente excluidos de los relatos convencionales, como pueden ser las islas alejadas del continente y la Antártica. Sin duda alguna, la propia trayectoria de formación académica chilena hizo que buena parte de quienes escriben en el libro hayan, efectivamente, estudiado en la Universidad de Chile, como consecuencia principalmente de la vía única suscitada por la dictadura cívico-militar y su empresa de sanitización intelectual. A modo de alternativa, nuestra primera iniciativa incluyó a personas de regiones y formados fuera de esta casa de estudios, para que pudieran también escribir algunos de los capítulos, objetivo que, en algunos casos, se logró y en otros no (por ejemplo, la profesora Zulema Seguel, fundadora de la escuela en Concepción, falleció durante el proceso de escritura del capítulo referido al Biobío). En cualquier caso, primó como criterio la trayectoria de trabajo en la zona y el conocimiento acerca de las redes, agencias y acontecimientos locales.

El diseño original del libro contempló 19 capítulos, que luego se convirtieron en 20 por temas de afinidad entre quienes aceptaron escribirlos. Cada uno de ellos aborda las historias de las arqueologías en un área específica del territorio y del maritorio nacional, delimitada por la trayectoria investigativa de la zona y por la geopolítica administrativa del Estado chileno. Indudablemente, algunos de los textos atraviesan la historia local más allá de su incorporación al Estado de Chile, como sucede, por ejemplo, en Rapa Nui y el desierto nortino, pero también en el resto del país antes de su independencia. Las áreas enmarcadas en los capítulos se definieron como flexibles y dinámicas, por lo que es normal que algunas historias se sobrepongan y que los relatos se entrecrucen. En términos de su organización interna, decidimos un formato que quiebra la tradicional linealidad geográfica del territorio nacional y la secuencia de temporalidad histórica, de norte a sur y

de lo más antiguo a lo reciente, tal como se ha hecho, por ejemplo, en las principales síntesis de la prehistoria chilena (Falabella et al., 2016; Hidalgo et al., 1989; Latcham, 1928; Mostny, 1960). La actual propuesta, en cambio, comienza desde los márgenes y termina en el centro del país, como un gesto político de inversión del protagonismo de Santiago frente al resto de las localidades en la representación de estas historias. A modo de orden, los capítulos fueron organizados en cinco secciones consecutivas denominadas, respectivamente, como “Arqueologías extracontinentales”, “Arqueologías en los extremos”, “Arqueologías en altas y bajas latitudes”, “Arqueologías en zonas intermedias” y “Arqueologías en el centro continental”. El plan inicial sugería escrituras en pares para todos los capítulos, como una forma de limitar la excesiva y desmedida multiplicidad de autorías, a la que estamos cada vez más acostumbrados en la actualidad, pero también para tender a una paridad entre mujeres y hombres, con el fin de apostar a un grado significativo de equidad de género en todo el libro; de ahí también que la obra esté a cargo de una editora y de un editor.

Con la maqueta en mente, se invitó a personas que pensamos idóneas para cada capítulo, considerando una amplitud etaria, diferencias de género, diversidad de prácticas en las que desempeñan y relativa pertenencia geográfica. Sin embargo, como en todo, se propone, pero no se dispone, por lo que el resultado no fue el esperado debido principalmente a rechazos a nuestra invitación, renunciadas a lo largo del proceso, conflictos entre personas, cambios de orden de parte de las mismas autorías e, incluso, como consecuencia del fallecimiento de una de ellas. Como si fuera poco, estos desajustes hicieron que el proceso de construcción del libro se alargara de manera inesperada, en total, casi cinco años desde su origen hasta la imprenta. El resultado final cuenta con 20 capítulos más esta introducción, escritos por 37 personas, de las cuales 13 son mujeres y 24 son hombres, en su gran mayoría profesionales formados en arqueología mediante estudios universitarios y con distintos grados académicos (licenciatura, título, magíster y doctorado). En este sentido, son historias esencialmente académicas e internas a la disciplina, escritas casi exclusivamente

por personas de nacionalidad chilena. A todas ellas y todos ellos, les agradecemos infinitamente la paciencia y el trabajo invertido en esta obra que, pese a ser colectiva, no diluye nuestras respectivas identidades.

Sin duda, nuestra expectativa era una balanza más equilibrada a nivel de género y en términos de oficios arqueológicos, y se intentó, pero el medio también impone. Una situación que, si bien no es la ideal ni esperada, igualmente puede ser leída en clave crítica como una expresión material y objetiva del estado actual de la realidad arqueológica en Chile, especialmente respecto de a quiénes les interesa escribir sobre estos temas y quiénes pueden darse el tiempo para hacerlo. Asimismo, ¿por qué no? Constituye un índice de la red de contactos y afinidad de quienes hemos editado y organizado este libro desde el germen de la idea hasta su manifestación en el papel. Lo relevante es que, una vez impreso y en circulación, su lectura queda fuera de nuestro alcance para adquirir vida social propia. Esperamos entonces que dichos análisis ocurran, dado que solo a través de ellos será posible lograr que nuevas historias se escriban y hagan públicas, tal como la de Orellana motivó la nuestra.

Ciertamente, el presente libro todavía arrastra algunas de las constantes que hemos criticado a lo largo de estas páginas introductorias. Algo que no es de extrañar si se considera la fuerza con que la tradición oprime en las acciones y el pensar del presente. A sabiendas de aquello, tampoco nos propusimos superar estrictamente cada uno de estos aspectos, pero sí abordarlos, pues somos conscientes de lo profundo que calan en el inconsciente. Tal vez la mayor deuda es que incluye principalmente a personas que estudiaron arqueología o carreras afines a ella en la universidad (en sus distintos grados académicos), por lo tanto, profesionales del área, y no a otras personas o voces que podrían hacer arqueología o sentirse arqueólogos/as, pero sin pasar por la universidad. Sin duda, persiste una deuda a la hora de representar sus voces, no así sus acciones, pues muchos de los capítulos del libro se han abierto a volver visibles a quienes hasta ahora eran invisibles. Además, al tratarse de una obra colectiva escrita

a muchas manos, nunca fue nuestra intención condicionar el relato de quienes participan en el libro. De hecho, nuestro deseo era el opuesto: que cada cual pudiese expresar su propia historia y discurso, con sus respectivos agentes y acontecimientos, órdenes y estructuras. Esta es la razón por la cual el libro tampoco posee un capítulo de cierre o conclusiones, porque jamás ha sido nuestra intención efectuar una historia propia de la arqueología de Chile, menos aún bajo la misma lógica de las que hasta ahora se han publicado. En este sentido, preferimos un libro abierto que invite e incite a nuevas historias y no un cierre definitivo.

De ahí que el valor de este capítulo inicial sea únicamente preparar a quienes lean el libro sobre dónde puede ser interesante observar con más detalle, qué matices es posible relevar y dónde se hallan, a nuestro modo de ver, algunos de los clivajes más significativos del devenir de la arqueología en Chile en los últimos siglos. Simplemente hemos presentado algunas herramientas analíticas y conceptuales para considerar y leer historias disciplinares, pero en ningún caso hemos propuesto una propia, ni siquiera a modo de síntesis de todas las que contempla el libro, pues ellas son independientes entre sí y no necesariamente deberían articularse a otras en un conjunto armonioso. Efectivamente, aspiramos a que la semilla no esté tanto en los escritos aquí reunidos, como en quienes se tomen el tiempo para leerlos, pensarlos, subrayarlos, tacharlos y reescribirlos. Esto porque consideramos, nuevamente, que habrá tantas historias como personas dispuestas a redactarlas. El propósito final de esta iniciativa está lejos de intentar agotarlas, todo lo contrario, es más bien una invitación a continuar escribiéndolas, cada vez desde más manos y situadas en distintos puntos, incluso externos a la propia arqueología. Como es habitual, nuestros ojos están en el futuro y para quienes lo vivan está dirigido este libro.